

debe ser valorado. Si la obra de Picasso fuese la obra de cien pintores geniales, el fenómeno múltiparo que lleva su nombre no se hubiera producido jamás, o no nos hubiera interesado jamás como nos interesa.

Debe aceptarse así o debe rechazarse a rajatabla. Por esta razón se nos antoja algo mezquina la actitud de algunos que cuando se les pregunta sobre Picasso, preguntan: ¿Cuál Picasso?... ¿El de los saltimbanquis o el de los sellos de correos?...

La verdad, no existe forma de cautela más mediocre. Lo prudente sería pensar que un hombre capaz de pintar el retrato de Madame Stein, por ejemplo, es hombre para que el arte no tiene secretos. Cuando alguien piensa así no piensa en Picasso, sino en lo que él hubiera pintado de haber sido Picasso y de no ser un pequeño policía del tráfico artístico.

No hay dos ni veinte Picassos. Hay uno sólo. Este es el hecho, salvo que su unidad no puede ser comparada con la unidad de una piedra, sino con la unidad de una selva o de un ejército.

Digo esto, aunque soy el primer persuadido de que los choques de su energía creadora se entienden aún menos que los de las formas que aquella energía crea. La imagen de Cronos, dios del tiempo, devorador de sus hijos, es pálida junto a la suya. El no los devora. El les arranca la piel y la arroja por encima del hombre. El que venga detrás que arree.

¿Cómo puede explicarse, en efecto, tal continuidad en lo discontinuo?... ¿Cómo se explica que él, uno de los inmortales de la línea pura, tan incisivo como Durero, tan facultado como Leonardo para comunicar con las tinieblas, por medio de líneas, tan dúctil como Goya, acabe propugnando la norma cubista, que es el dibujo del palote, el ejercicio con

regla y compás que se practica en los primeros cursos de dibujo lineal?... ¿Cómo se explica que un genio así, poseedor de un verbo estatuario que no envidia a Fidias la intuición de la masa, se convierta de la noche a la mañana en el evangelizador de lo plano, de lo aplastado, de lo antivolumétrico? ¿Y cómo que este mismo hombre, capaz de ordenar el caos, caiga en el caos como una piedra?...

Tal vez no se pueda definir esto más que de una manera. Esto es "lo español". No puede dársele otro nombre.

Picasso es comprensible sin cabeza, sin padres, naciendo de la tormenta o de los montes. Sin lo que Picasso no podría comprenderse jamás es sin España. Es tan español, en lo que se refiere a su inspiración y a su biología de pintor, que el hecho de haber nacido en Málaga y llamarse Ruiz como el Arcipreste de Hita, es casi, junto a lo que es su obra, una razón para creer que Picasso podría ser canadiense o coreano.

Ya se sabe que la ley de las desconexiones constituye la razón permanente del arte ibérico. Picasso la representa con una paralizante plenitud. La desconexión que él nos propone es la más atroz, la más española. Es la desconexión no sólo con todas las formas inventadas por los demás, sino con todas las formas inventadas por el yo y con el propio yo. Es la soledad y el absurdo en su forma más temeraria. Es el "vivo sin vivir en mí", en el lenguaje místico de nuestra patria: o, en términos más populares, el "dejadme solo", del argot de la lidia, usado por los diestros ibéricos en las grandes tardes cuando se disponen a estoquear el toro.

Picasso ha vivido materialmente sin vivir en sí, y si no se ha quedado absolutamente solo, no ha sido porque él no haya hecho todo cuanto le fué posible para quedarse solo.